

La apoteosis polifónica de un doble apocalipsis*

PHILIP POTDEVIN

Escritor. Su obra literaria abarca novela, cuento, poesía, ensayo y traducciones. Ha ganado concursos nacionales de cuento y el Premio Nacional de Novela con Metatrón. Dirigió durante diez años el Centro de Estudios Alejo Carpentier. Abogado de la Universidad de San Buenaventura, con estudios de posgrado de Historia y Filosofía.

Noviembre de 1985. Hay dos o tres generaciones de colombianos marcados por los acontecimientos de ese infausto mes. Aquellas conformadas por personas que pueden recordar con precisión dónde estaban y qué hacían cuando se enteraron, primero, de la toma del Palacio de Justicia por un comando del M-19, el miércoles 6 de ese mes, y luego, ocho días más tarde y sin recuperarse aún del holocausto en el que se sacrificó a un centenar de personas —entre ellas una buena parte de la intelectualidad jurídica del país, los magistrados de las altas cortes—, del aniquilamiento de veinticinco mil o más almas de Armero y sus alrededores por la avalancha del río Lagunilla tras la erupción del volcán Arenas.

Recordar esos hechos vividos como testigo frente a un televisor, con la oreja pegada a un radio o enterándose por el voz a voz de los pasillos y las calles es regresar a una pesadilla inconcebible para cualquier persona, para cualquier nación.

Hay otra generación que no vivió o no alcanza a recordar el noviembre de 1985. Se enteró de oídas y hoy se asoma a él desde la estupefacción y el asombro. Lo importante, más allá de a cuál generación se pertenece, es que los hechos de ese noviembre son fuente inagotable de aproximaciones desde

múltiples ángulos de las ciencias sociales y, por supuesto, de la literatura. ¿Se ha hecho alguna bibliografía de los estudios, análisis, crónicas, reseñas, entrevistas, cuentos, novelas, obras de teatro sobre uno o los dos hechos?

Quizás, después de *La Violencia*, aquel noviembre del Palacio y de Armero es el segundo tema más seductor para escritores e intelectuales. En especial si estos de alguna manera tuvieron una cercanía con los hechos, con los personajes involucrados. De tantas obras vertidas sobre el tema quedan pocas para el recuerdo y la lectura que pueden sobrevivir el juicio del tiempo; por ejemplo, de manera necesaria y decidida, las dos novelas de Jairo Restrepo: *Cada día después de la noche* y *La marca de la ausencia*.

*Once días de noviembre*** apareció en librerías justo para conmemorar los treinta años de los acontecimientos. Fue presentada, ante un auditorio colmado, en el aula máxima de la Universidad Central en Bogotá, el pasado 9 de noviembre, y despertó de inmediato la curiosidad de los participantes. Su lectura se impuso por encima de muchas otras opciones para el fin del año y el comienzo de este.

Digamos, para comenzar, que la novela de Godoy Barbosa abarca, entrelaza y amalgama, en un solo aliento, los dos acon-

* Reseña publicada originalmente por su autor en el blog *El rinoceronte ilustrado* (goo.gl/ILVkvD).

** Bogotá: Ediciones El Huaco, 2015.

tecimientos. Y lo logra de manera magistral con una desbordante polifonía de voces que se entrecruzan, se sobreponen y se enclavan en los intersticios de los eventos para narrar una sola tragedia, una sola malaventura.

¿Qué posibilidades tiene un ser humano de quedar atrapado en una toma guerrillera que termina en holocausto? Una en un millón. ¿Qué posibilidades tiene de vivir la peor catástrofe natural que haya tenido un país? Y... ¿de padecer las dos? Matemática o estadísticamente sería casi infinitesimal. Y, sin embargo, esto sucede en *Once días de noviembre* bajo la cuidada artesanía narrativa de Godoy y su prosa magistral, prístina y elegante.

La historia está meticulosamente ensamblada con tres voces narrativas, asegurada al más pequeño detalle, armada y encajada con paciencia de orfebre, pulida y lustrada con la obsesión del artífice de la filigrana. Guillermo Devia, el mismo nombre para dos personajes, padre e hijo.

Uno, “don Guillermo”, es un exmagistrado auxiliar de la Corte recién pensionado que acude, dos meses después de haberse retirado de su cargo, a una cita al Palacio con su exjefe, uno de los magistrados titulares, en busca de continuar prestando sus servicios de alguna manera a la justicia colombiana.

El otro, Guillo, es un díscolo buscavidas de veintinueve años, exiliado hace once del país, que ha huido de su terrible padre y de su tierra madre en busca del “sueño europeo” y que ha encontrado allá una lucrativa y secreta profesión, bajo los hilos de una hábil Vivianne que le provee las conexiones para atender a clientes millonarios ávidos de experiencias extremas. Guillo está siempre dispuesto a satisfacerlos, siempre y cuando haya una buena suma de por medio.

Esta no es una novela —mucho menos la historia— de los hechos del Palacio y de Armero, ellos son apenas el telón de

fondo. Esta es una novela, una historia de personajes atrapados cada uno en su propia búsqueda. Cada cual busca afanosamente algo: don Guillermo, una vida después de la jubilación; Guillo, volver a encontrar a Eloyse, su exesposa por conveniencia, que lo ha dejado tras cumplir su contrato; Camila, la joven de provincia que llegó al Palacio el día del horror, el apoyo de un magistrado para encontrar a su hermana, que se ha desvanecido del mapa; doña Sara, la madre y abuela de los Guillemos, que la dejen morir tranquila en un Armero sobre el cual se cierne cada vez más cerca la amenaza de la avalancha; Leyla, la segunda esposa de don Guillermo y por quien Guillo se ha disgustado para siempre con su padre, al que llama traidor, evitar ir a Armero, alarmada ante la catástrofe anunciada, y, una vez en el pueblo, salir de allí lo más pronto posi-

Digamos, para comenzar, que la novela de Godoy Barbosa abarca, entrelaza y amalgama, en un solo aliento, los dos acontecimientos. Y lo logra de manera magistral con una desbordante polifonía de voces que se entrecruzan, se sobreponen y se enclavan en los intersticios de los eventos para narrar una sola tragedia, una sola malaventura.



La tragedia de Armero. Imagen en dominio público, tomada de <http://volcanoes.usgs.gov>.

ble —quizás es la única persona centrada y dotada de cordura—.

Asimismo, el grupo guerrillero busca un reconocimiento internacional, una atención del Gobierno para negociar sus exigencias más profundas; el Ejército, que toma el control de la situación por encima de la Presidencia, salvar la democracia a cualquier precio, incluso por encima de la vida de los rehenes; el volcán, el protagonista de la tragedia, restablecer la paz de sus entrañas tras siglo y medio de malestar interior evacuando todo lo que ya no necesita y recordando a los habitantes del cañón del Lagunilla y su valle anexo una historia siempre olvidada.

Los ritmos de la novela están manejados con precisión. El *crescendo*, que va desde el momento en que Guillermo se ve atrapado junto con otras cinco personas en el que fuera su despacho hasta el momento de la liberación, es agotador para los nervios

del lector: los hechos, el miedo, la angustia están narrados de manera espeluznante. Pero anticipamos que saldremos de Palacio para adentrarnos en un apocalipsis peor, el de Armero.

Y para eso, Godoy nos da apenas un respiro, un alivio, como si, entre ambos apocalipsis, nos llevara al paraíso por unos instantes. En este caso, a la isla de Paros, la de pueblitos con muros encalados y techos azules sobre un Egeo fosforescente. Es el primer destino que tiene Guillo en su autoexilio europeo, pero también en las aventuras casi picarescas que vive, saltando de un lugar a otro (Niza, París, Berlín, Ámsterdam, Londres, Barcelona) y, entre los temibles —quizás por sus inclinaciones— Condes de Viali, las fastuosas fiestas de los ricachones berlineses Van Epp y los desencantos con las vetustas *madame* parisinas, como la Courvier, que no tiene efectivo para pagar, pero sí ropas finas y botellas

de añejos vinos de Borgoña con los cuales compensar los servicios de Guillo y Nadja, su malabarista de compañía.

Este oasis narrativo es apenas la preparación para el nuevo infierno que nos prepara Godoy en la parte final de la novela. Todos sabemos cuál será el desenlace. Aquí no hay, ni puede haber, sorpresas: la avalancha es inevitable. Y, sin embargo, el lector sufre y padece, página a página, línea a línea, el destino que tendrán Guillermo, Leila, doña Sara y el tío Joaquín para saber si escapan o no de la avalancha.

La caracterización de Guillermo y de Guillo es fuerte, verosímil. Hay un hilo de fatalidad e inevitabilidad que los cubre y los enreda a los dos: el uno va al encuentro del otro en una anhelada reconciliación para restablecer tanto extrañamiento familiar. Desafortunadamente, quizás no ocurre lo mismo con la caracterización de los personajes femeninos, como Eloyse, Vivianne, Silvia, Margarita, Camila, Juliana. Pero, en últimas, los protagonistas que jalonan la historia, los Guillemos, están llenos de vida, de pasión, de miedos y aprensiones; de amores y de odios. La transformación de Guillo es más clara que la de su padre, pero quizás así debe ser: es él quien tendrá que cargar para el resto de su vida con la doble tragedia que ha arrasado su vida; es él quien queda solo, sin familia, salvo su media hermana, Juliana, sin lugar de arraigo y sin un futuro claro.

También queda reflejada en la novela la compleja dinámica del ser humano que sale a relucir en los momentos de mayor tensión y crisis: el egoísmo, la codicia, la barbarie, pero también la solidaridad, la amistad, el amor. Los personajes atrapados

en Palacio, al igual que aquellos sobre los que se cierne la avalancha, están sujetos a manifestar toda su condición humana durante los episodios que viven.

¿Qué hace, entonces, a *Once días de noviembre* una novela imprescindible? Podría resaltar, entre muchas, dos razones, aquellas que interesan a todo lector. La primera es quedar atrapado en la trama, en una trama que ya creemos conocer, pero que, aun así, nos despierta la curiosidad, el interés de avanzar en ella. La segunda es la de querer volver a leer la novela, de comienzo a fin, como toda buena novela, para recuperar cada detalle que pudimos omitir en la primera lectura, distraídos por la vorágine de acontecimientos. Esa segunda —y hasta tercera— se disfruta aún mucho más.

De esta forma, después de *Duelo de miradas* (2000) y *El arreglo* (2008), también de Óscar Godoy Barbosa, *Once días de noviembre* se convierte en un referente obligado en la literatura nacional. Y justo por los días en que la novela colombiana tiene quizás el mejor momento de su historia, cuando aparecen cada mes nuevos y excelentes títulos de jóvenes autores, pero también de otros que demuestran ya su maestría y veteranía en el oficio, como es el caso de Godoy.

Por último, es necesario resaltar la bellísima edición que ha logrado Ediciones El Huaco, según el concepto editorial de Germán Gaviria, un veterano y avezado editor que sabe cuidar hasta el más pequeño detalle para llevarle al lector no solo el placer del texto, sino, además, la experiencia, nunca igualada, de un bello libro que se deje masajear y tocar en la medida que avanza la lectura. Toda una experiencia intelectual y estética. ■■